

El santuario ibérico de
Cigarralejo, Mula (Murcia)
Juan Maloquer de Nots

SOBRETIRO DE ZEPHYRVS - I, SALAMANCA 1950
SEMINARIO DE ARQUEOLOGIA DE LA UNIVERSIDAD





Crónica arqueológica

HALLAZGO DE ARTE RUPESTRE EN LA ISLA DE LEVANZO (COSTA SICILIANA).

Sensacional novedad representa el reciente descubrimiento de pinturas y grabados rupestres en la cueva de los Genoveses, de la isla de Levanzo, y no precisamente por la calidad de su arte, sino por los interesantes problemas que plantea para la Prehistoria Mediterránea y occidental. El primer descubrimiento, realizado el pasado verano por la señorita Franca Minellono, fué comunicado al Prof. Paolo Graziosi, de la Universidad de Florencia, quien posteriormente ha realizado una exploración científica que ha permitido conocer nuevos aspectos del arte prehistórico de Levanzo. Los primeros resultados se dieron a conocer en el I Congreso Internacional de Prehistoria y Protohistoria Mediterráneas, celebrado en Florencia del 18 de abril al 2 de mayo de este mismo año, y han sido divulgados por la prensa de varios países (véase p. e. *ARTS, Journal des Arts.*, del 1 de septiembre, donde se reproduce un grabado de bóvido y una fotografía de pinturas esquemáticas).

Al parecer, la cueva contiene manifestaciones artísticas de dos épocas, una moderna, del principio de la Edad del Bronce, al que pertenecen figuras pintadas esquemáticas con representaciones humanas, que a juzgar por la única representación que conocemos, presentan gran analogía con las pinturas esquemáticas del sur de nuestra Península. La presencia de este tipo de pinturas en el Mediterráneo central no hace más que confirmar las múltiples conexiones que durante la Edad del Bronce existieron entre los países mediterráneos; pero la gran novedad de Levanzo la constituye la aparición de grabados rupestres de estilo claramente cuaternario y que Graziosi parece poner en relación clara con el arte paleolítico franco-cantábrico. Se subraya el parentesco de técnicas con algunas representaciones de la cueva de Lascaux, en la Dordoña. Por nuestra parte, podemos añadir que el grabado de bóvido reproducido en el mencionado lugar tiene claras analogías con plaquitas grabadas y aun pintadas de la cueva del Parpalló (véanse p. ej. en la publicación de L. Pericot, *La cueva del Parpalló*, Madrid, 1942, las figuras 490, 491, 510, 524, 530, 554, 587 y otras más).

La presencia de este tipo de arte en el Mediterráneo central constituye una sorpresa cuyas consecuencias aun no pueden preverse, pues debe recordarse que la relación artística con el Parpalló había sido señalada ya para el Mediterráneo central por Pericot (véase *Un cuadrilátero artístico en el*

paleolítico superior: Africa-Romanelli-Perigord-Parpalló, Rev. Ampurias, V, 1943, pág. 295), aunque se consideraba muy difícil poder pensar en algo más que una mera coincidencia. Ahora, al multiplicarse los contactos probados, el problema se plantea con más fuerza, y para resolverlo creemos será preciso tener en cuenta todos los factores y posibilidades y revisar quizás el gran arte norteafricano... Un hecho queda bien patente, y es la importancia creciente que adquiere el Mediterráneo central y Sicilia, donde las excavaciones de Bernabó Brea señalan también en los últimos años novedades interesantes. La cueva de los Genoveses, de Levanzo, constituye un interrogante de gran interés que hace desear la pronta aparición de la publicación monográfica que divulgue y permita estudiar estos misteriosos grabados para que pueda establecerse siquiera una hipótesis de trabajo utilizable en futuras investigaciones.—J. M. de M.

SOBRE LA CRONOLOGIA DEL ARTE RUPESTRE SUDAFRICANO

Ciertos aspectos de la Prehistoria parece que están destinados a desencadenar acaloradas discusiones, y quizás entre todos el que más se presta a ello es el problema de la cronología de las pinturas rupestres. Apenas formulada por M. de Sautuola la antigüedad de las pinturas de Altamira a raíz de su descubrimiento, la Ciencia europea en pleno se lanzó al más apasionado y despiadado ataque, tanto más injustificado cuanto la hipótesis se había lanzado sin la menor pedantería y con toda clase de recelos. Sólo ante la multiplicación de los hallazgos y ante la total evidencia se conquistó la opinión científica, coronada por aquel *mea culpa* que, por su honradez y sinceridad, borra en gran parte la falta de visión de una generación entera.

Pero a la posición negativa siguió una filiación dogmática tan perniciosa como aquella por sus consecuencias y por su falta de flexibilidad, y así, cuando una nueva clase de pintura rupestre hizo su aparición, la pintura rupestre naturalista del Levante español, fué considerada, sin más, como otra manifestación de la pintura cuaternaria, sin tenerse en consideración nuevas circunstancias y hechos que con facilidad podían observarse y que negligentemente fueron dejadas de lado. Ello provocó la segunda gran polémica de nuevo entre la Ciencia oficial europea y la incipiente ciencia prehistórica española, que, una vez más, ateniéndose a realidades y a datos objetivos, planteaba serias dudas sobre la remota antigüedad de las nuevas pinturas descubiertas. Tal polémica fué causa de amargos sinsabores en amplios sectores y culpable, en parte, del abandono, durante largos años, de ciertos campos de la investigación española, y sabido es que los puntos de vista actuales tienden a dar por buena, una vez más, la visión española, aunque con ciertas reticencias.

Sin embargo, parece que la fatalidad continúa y el hallazgo de un arte rupestre norteafricano volvió a plantear problemas cronológicos, y, por si fuera poco, es hoy la cronología del arte rupestre sudafricano la que provoca la polémica de mayor actualidad.

El conocimiento arqueológico del Continente negro avanza a grandes pasos en los últimos años, y uno de los aspectos más interesantes es el de las pinturas rupestres, que aparecen en gran número desde el territorio del

Tanganika a Rodesia y al sur y sudeste africano. Su conocimiento ha recibido un gran impulso gracias a la incansable labor del abate Breuil. Pero la multiplicación de los hallazgos no ha aportado demasiada luz sobre el problema fundamental: el de su cronología, y así, mientras Breuil y con él muchos arqueólogos sudafricanos, se inclinan a aceptar la edad fósil y subfósil de gran número de las representaciones descubiertas, otro grupo de prehistoriadores, entre los que destaca como más radical J. F. Schofield, niegan dicha antigüedad y las consideran, no sólo bastante modernas, sino que podríamos llamarlas recientes. Con gran lujo de argumentación, se ha iniciado la polémica en las revistas arqueológicas sudafricanas, hasta que ha trascendido a las europeas. Se esgrimen argumentos técnicos, geológicos, faunísticos y de todas clases, en cantidad que supera con mucho los utilizados en las anteriores polémicas a que nos hemos referido. Difícil resulta hacer una crítica de los mismos sin el conocimiento directo de las pinturas en cuestión; sin embargo, de los trabajos publicados hasta ahora resalta una mayor calidad, indiscutible en la argumentación de Breuil, que hace destacar más incluso el infantilismo de ciertos argumentos contrarios, como por ejemplo aducido por Schofield sobre la desintegración de la superficie de las rocas, cálculo que, si teóricamente en un punto determinado hubiera de aceptarse, aplicado en términos generales es absolutamente absurdo.

Sin embargo, si la argumentación de Breuil nos parece mejor, es tan solo en cuanto critica los argumentos de Schofield, sin que resulten convincentes, ni mucho menos, sus propias razones. De hecho, nos encontramos, de nuevo, ante el grave problema de fechar unas manifestaciones rupestres en las que no se puede utilizar el método estratigráfico, que permite, por lo menos, el establecimiento de cronologías relativas de valor local. Un hecho parece seguro, y es la gran amplitud cronológica que abarca la pintura rupestre sudafricana, y la existencia en ella de mundos diversos, lo que hace que no pueda ser tratada como una unidad, lo que ya era lógico prever si consideramos la enorme área geográfica abarcada por dichas manifestaciones culturales.—J. M. de M.

EL SANTUARIO IBERICO DEL CIGARRALEJO, MULA (MURCIA).

El conocimiento de la cultura ibérica se ha enriquecido durante los últimos años de un modo notable, y, a parte de los muchos estudios, han contribuido a ello descubrimientos extraordinarios, como el de este Santuario del Cigarralejo, en la provincia de Murcia, que viene a sumarse a los ya conocidos de La Luz, Castellar de Santisteban, Collado de los Jardines, La Serreta, Llano de la Consolación y Cerro de los Santos. El nuevo Santuario ha sido descubierto y excavado durante tres campañas (1946/49) por don Emeterio Cuadrado, habiéndose publicado los primeros resultados en 1947 (E. Cuadrado. *Excavaciones en el Cigarralejo, Mula, Murcia. Cuadernos de Historia Primitiva II* págs. 95/109), y ahora aparece una importante monografía que permite valorar en todo su interés el yacimiento (E. Cuadrado. *Excavaciones en el Santuario ibérico del Cigarralejo*. Comisaría General de Excavaciones. *Informes y Memorias* núm. 21. Madrid 1950).

El Santuario propiamente dicho, situado en la cumbre de un cerro de

difícil acceso, consta de un conjunto de habitaciones de planta rectangular dispuestas a lo largo de un corredor o calle central. Muros de mampostería tomada con barro, bastante bien cuidada, se superponen a las construcciones que pertenecen al verdadero Santuario. Los ex votos hallados ofrecen destacado interés, pues aunque, como en otros santuarios conocidos, tienen cierta variedad (fíbulas, sortijas, anillas, etc.), se caracterizan aquí por la abrumadora mayoría de esculturas de arenisca, y, entre ellas, por el neto predominio de figuras de caballo (cerca de doscientas, mientras sólo se hallaron dieciocho representaciones humanas), lo que no deja de ser un importante indicio del tipo de divinidad a que estaría consagrado el Santuario.

Este riquísimo conjunto de esculturas de caballos, aparte de su grandísimo interés para el conocimiento de la escultura ibérica, tiene por sí valor no menor por el estudio detenido que permite de los arreos y atalajes ibéricos, estudio que en la publicación aludida hace Cuadrado minuciosamente. Pero aun tiene para nosotros este Santuario un interés mayor, pues su excavación (con la conjugación de los datos estratigráficos y de los estudios tipológicos) permite precisar con bastante limitación la cronología de los ex votos y, por ende, la del primitivo santuario, entre los siglos IV y III antes de J. C., llegándose a la conclusión de que fué destruido a fines del siglo III (probablemente con motivo de las guerras hannibálicas) y que luego se reconstruyó, aunque al cabo de un siglo escaso fué de nuevo arrasado (Cuadrado supone sí con motivo de las guerras celtibéricas). A partir de este momento, el Santuario, que constituía la acrópolis de un poblado, fué abandonado, continuando la vida en la parte baja del mismo, en que perduró hasta la época imperial. El interés de estas conclusiones, en un momento de revisión de la cronología total de la cultura ibérica, salta a la vista. Añadamos que una necrópolis cercana, cuya excavación se ha iniciado, parece corresponder a la primera etapa del Santuario y viene bien fechada por la abundante cerámica ática y campaniense que en ella aparece. Noticias posteriores a la publicación aludida dan cuenta del hallazgo en dicha necrópolis de un nuevo plomo escrito que será publicado en breve por E. Cuadrado.—J. M. de M.

HALLAZGOS MONETARIOS DE LA CITANIA DE SANFINS

Durante la séptima campaña de excavaciones realizada en el pasado mes de agosto en la famosa citania de Sanfins, bajo el patrocinio de la Junta Nacional da Educaçao y subencionada por la Direcçao Geral dos Edificios e Monumentos Nacionais, ha sido hallado un importante tesoro de denarios consulares del máximo interés, según nos comunica el Rvdo. P. E. Jalhay, que, juntamente con A. do Paço, dirige los trabajos de excavación y consolidación de la citania. Al parecer, el tesoro se halló a un metro de profundidad, junto a uno de los paramentos externos de una construcción circular, y está constituido por 288 denarios de los siglos II-I antes de J. C., en el interior de una pequeña e incompleta vasija decorada con dos surcos incisos.

Presenta el hallazgo el alto interés de tratarse, según parece, de un lote

muy uniforme en el que se han visto hasta 200 tipos diferentes en la primera clasificación hecha, pertenecientes a las familias:

Aburia, Acilia, Aelia, Aemilia, Annia, Antestia, Antonia, Appuleia, Aquillia, Barbatia, Caecilia, Calidia, Calpurnia, Carisia, Cassia, Cippa, Claudia, Coelia, Considia, Cordia, Cornelia, Crepusia, Critonia, Domitia, Egnatia, Fabia, Fannia, Flaminia, Fonteia, Furia, Gellia, Hostilia, Julia, Junia, Licinia, Livineia, Lollia, Lutatia, Maenia, Mallia, Mamilia, Manlia, Marcia, Minucia, Mussidia, Naevia, Norbana, Papia, Papiria, Petillia, Pinaria, Plaetonia, Plancia, Plautia, Pompeia, Pomponia, Porcia, Postumia, Proclia, Quinctia, Roscia, Satriena, Scribonia, Sentia, Sepullia, Servilia, Sicinia, Titia, Tituria, Valeria, Vergilia, Vettia, Vibia, Volteia.

En general, este tesoriillo confirma la impresión general en las excavaciones de Sanfins de que el período más intenso de vida del castro es precisamente el de los siglos II-I, al contrario de otros castros, que parecen continuar con intensa vida en época imperial romana.

Un interés adicional lo presenta la pequeña vasija que contenía los denarios, pues ellos permitirán fechar con bastante aproximación el tipo, lo que no es de despreciar en una zona como el occidente peninsular, donde carecemos en realidad de elementos de datación, por no haberse establecido aún cronologías relativas, que sólo pueden darnos las cerámicas en excavaciones estratigráficas. El estudio numismático del tesoriillo permitirá establecer la fecha de su ocultación.

Siguiendo un método riguroso digno de imitarse, las piezas se conservan en el Museo Monográfico de Sanfins, junto a los restantes elementos arqueológicos.—J. M. de M.

LAS EXCAVACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVA YORK EN SAMOTRACIA

Una de las innumerables pruebas de lo mucho que queda todavía por hacer en el campo de la arqueología clásica es el hecho de que hasta hace una década no se haya iniciado la excavación sistemática del conjunto de edificios del famoso Santuario de Samotracia. En efecto, mientras a partir del Renacimiento una tradición cada vez creciente ha profundizado y desmenuzado los textos grecorromanos que poseemos, el estudio de los restos arqueológicos en función de conocimiento del pasado, y no de exhumación de obras maestras de arte, se halla en realidad en sus comienzos. Sin duda alguna, después de Eleusis, que, a consecuencia de la fuerza espiritual de Atenas, adquirió una importancia de primerísimo orden, el Santuario de Samotracia era el centro griego más importante de religiones de misterios. A pesar de ello, poco se había trabajado en sus restos hasta las expediciones de la Universidad de Nueva York, y ello es tanto más extraño por cuanto la aparición de la famosa Niké y las buenas condiciones que presenta el lugar a excavar, por hallarse lejos de modernas construcciones, invitaban a lanzarse a la empresa con los mayores augurios de éxito.

Claro está que este éxito será siempre relativo, pues si los propios contemporáneos, no iniciados, tenían, al parecer, una idea muy vaga de lo que eran los cultos de Samotracia, difícilmente a través de hallazgos arqueológicos, más o menos afortunados, podremos aspirar a penetrar profundamente

en la esencia de aquellos misterios. Si la limitación de la Arqueología en lo referente a ciertos aspectos espirituales ha sido siempre reconocida, ello es más patente en el caso que nos ocupa de tratar de investigar unos cultos cuya mayor fuerza era, precisamente, su carácter secreto. Pero, a pesar de todo ello, es indudable que las excavaciones pueden aportar muchos datos concretos sobre el culto y otras características con el estudio de las plantas de los edificios, inscripciones y pequeños restos de todas clases, siempre de inestimable valor.

El conocimiento del Santuario de los Cabiros, situado en una larga y estrecha meseta o acrópolis, al oeste de la ciudad, se debe a los trabajos realizados por dos expediciones en el siglo pasado, la francesa de 1867 (1), a raíz del hallazgo de la Niké, y la austriaca, que se llevó a cabo una década más tarde y que realizó los trabajos más importantes hasta las actuales excavaciones (2). Ambas expediciones se limitaron a un trabajo muy superficial, a una excavación parcial, incluso dentro de los propios edificios investigados, de los que dejaron gran parte intactos. Se imponía una labor sistemática completa, por la que ya clamaba Tierch en 1930. Esta es la que se ha propuesto llevar a cabo la Archaeological Research Fund de la Universidad de Nueva York, bajo la dirección del profesor K. Lehman Hartleben, y con la colaboración de sus alumnos de los cursos de Arqueología Clásica del Institute of Fine Arts de la misma Universidad.

En 1938 se realizó una campaña preliminar, ampliada en 1939 con positivos frutos. En realidad, puede decirse que fué este año cuando empezó la excavación. La guerra hizo imposible trabajar en los años siguientes, hasta que en 1948 se reanudó el plan de realizar una campaña veraniega anual, de una duración de un par de meses, de las que se han realizado ya dos en 1948 y 1949, y en la actualidad se está preparando la de este año. Los resultados obtenidos han sido publicados en varias Memorias provisionales, las correspondientes a los dos primeros años en *A. J. A.*, XLIII, 1939, pág. 133, y XLIV, 1940, pág. 328, además de otros artículos en *A. J. A.*, 1940, 485 (H. Bloch, sobre la inscripción hallada en 1939, y en *Hesperia*, XII, 1943, pág. 113. Una nota sobre las destrucciones realizadas por las fuerzas ocupantes búlgaras durante la pasada guerra en *Archaeology* I, 1948, pág. 44, y, finalmente, la última Memoria preliminar, publicada sobre las excavaciones de 1948 en *Hesperia*, XIX, 1950, 1. Todas por K. Lehman, director de las excavaciones. Veamos los principales resultados obtenidos.

Los trabajos empezaron por la excavación del sector norte de la meseta, entre el conocido edificio circular helenístico, el llamado Arsinoeion, y el corte que limita la acrópolis. En este espacio, cubierto de vegetación y sin que afloraran restos de construcciones, no se habían realizado catas con anterioridad. Apareció un edificio inesperado que, debido a la finalidad que parece indudable desarrolló, se le ha dado el nombre de Anaktoron (3). Es

(1) "Journal Officiel", 1867 (27, V). "Arch. Miss. Scient.", 2, ser. 4: 1867, pág. 267.

(2) A. CONZE (y otros) "Archaeologische Untersuchungen in Samotrake" 1/11, Viena, 1875/80.

(3) Se conoce por S. HIPOLITO ("Ref. oms. haer." V, 8, 9). Aquí había dos famosas imágenes de los Cabiros. Según Varron ("L. L. V," 57) estaban "ante portas", lo que responde al plano del edificio con el vestíbulo de entrada donde estarían colocadas.

de planta rectangular, con paredes de una anchura de 84 cms.; cuidadosamente construido con aparejo poligonal. La parte norte y oeste se halla muy destruida, seguramente a causa de un terremoto, pero la planta y dimensiones se reconstruyen sin ninguna dificultad. Tiene 29 metros de longitud por 13 de anchura, llegando en su parte sur solo a 1,25 metros del Arsinoeion. Aparece dividido en dos partes muy desiguales por una pared en la que se abre una puerta. Aquí debía estar la inscripción, en mármol, con la leyenda DEORVM SACRA QVI NON ACCEPERVNT NON INTRANT, fechable hacia el 200 de nuestra Era, que debió sustituir a otra más antigua y que constituye el primer documento de culto hallado en Samotracia. Es indudable, vista esta inscripción, que el edificio exhumado estaba destinado a los últimos estados de iniciación de los misterios y confirma la identificación con el Anaktorion de los textos.

Junto a éste se descubrió otro pequeño edificio de solo siete metros cuadrados, en el que aparecieron diversas lápidas con catálogos de iniciados, que debían estar en las paredes. Esto daría al pequeño edificio el carácter de un archivo y de ahí que los excavadores lo designen provisionalmente con el nombre de Sacristía. Ambos edificios parecen haberse erigido aproximadamente hacia el mismo tiempo, el siglo III antes de J. C. En la Sacristía han sido hallados fragmentos de cerámica romana tardía, lucernas y monedas, la última de 313/4. Parece que, a partir de esta fecha, poco más o menos, ya no se usó, e incluso se derrumbó antes que los edificios vecinos. Esto nos daría la fecha final del culto de los misterios hacia el siglo IV.

Pero los expedicionarios de Nueva York no se han limitado a sacar a luz los restos constructivos indicados, sino que han profundizado la excavación al objeto de investigar los estratos más antiguos del Santuario. Este estudio ofrece un interés particularísimo, relacionado con el origen del culto de Samotracia y su conexión con las culturas preclásicas. Esta investigación no se ha limitado al subsuelo de la Sacristía y del Anaktorion, sino que se ha llevado a cabo bajo el llamado Templo Viejo y bajo el Arsinoeion. Así ha podido determinarse, en principio, que, aparte de las construcciones conocidas, que tuvieron dos periodos de actividad en los siglos V y III antes de J. C., en las bases de ellos aparecen vestigios constructivos del siglo VII, del Santuario arcaico. Y todavía existen dos estratos más profundos.

Bajo el edificio de Arsinoe aparece una terraza, soportada por un muro ciclópeo, entre cuyas piedras se han hallado restos cerámicos, en pequeña cantidad, pero suficientes, según la última Memoria citada, para datar su construcción en la última Edad del Bronce o principios de la del Hierro. A este mismo nivel, y muy cerca, han aparecido restos de un probable altar del tipo de los altares de roca frigios. Este hallazgo tiene particular interés, ya que sabemos que este tipo de altares en Frigia estaba relacionado con Cibele, cuyo nombre se halla también en relación con los orígenes de los misterios de Samotracia.

La cerámica griega en los niveles profundos no aparece antes del estrato fechable en el siglo VII, lo que indica que los griegos no se establecieron en la isla antes de esta fecha. Respecto a la filiación de los niveles profundos, la cautela se impone, pues los hallazgos son escasos y no siempre típicos e identificables culturalmente. Además, el sector excavado es relativamente poco extenso.

Es de esperar que en los próximos años pueda seguirse sin interrupciones este trabajo y que los resultados sean de la misma brillantez de los hasta hoy obtenidos. El conocimiento de uno de los grandes centros religiosos clásicos bien merece el esfuerzo que la Universidad de Nueva York ha emprendido y la paciencia por nuestra parte de esperar años a tener un conocimiento algo completo del problema, puesto que una excavación de este tipo requiere una minuciosidad no compatible con la rapidez, y la superficie a excavar es extensa y difícil.—M. TARRADELL.

Nueva York, 1950.

EL COLLAR DE ORO ILERGETA DE LA VALLETA DEL VALEROSO (SEROS, LERIDA).

La afortunada coincidencia de hallarnos en una campaña de prospección arqueológica en la provincia de Lérida, durante la pasada primavera, nos brindó el conocimiento de haberse descubierto un importante collar de oro, por aquellos días, en un poblado ibérico de la Valleta del Valeroso, en los

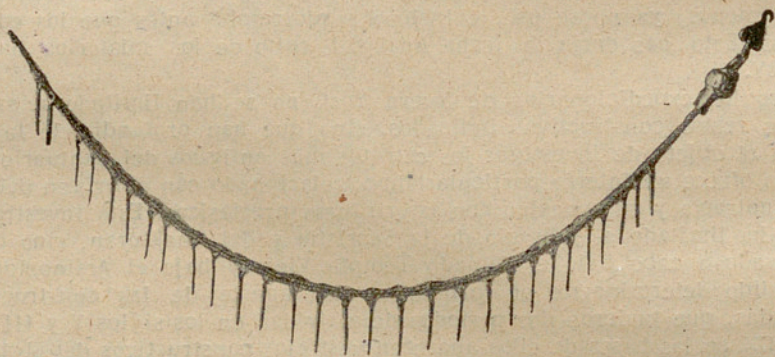


Fig. 1.—Conjunto del collar de la Valleta del Valeroso (Serós). A un tercio aproximado.

alrededores de Serós, en la orilla derecha del Segre, al sur de Lérida. Tal conocimiento lo debemos a la amabilidad de nuestro buen amigo don Rodrigo Pita Mercé, que pudo comunicárnoslo a los pocos días de su invención. Realizadas inmediatamente las oportunas gestiones, como conservador del Museo Arqueológico de Barcelona, para la inmediata localización del collar en vistas a que pudiera conservarse, dado el alto interés arqueológico y artístico de la pieza, en alguna de las Instituciones oficiales, pudimos obtener de la amabilidad de don Juan Ainaud, director de los Museos de Barcelona, las fotografías que publicamos, y algo después el estudio directo de la pieza, que, según nos comunican, ha sido adquirida por el Instituto de Estudios Ilerdenses para el futuro Museo de Lérida, en vías de organización. El estudio detenido de la pieza y sus paralelos aparecerá en la revista *Ilerda*, órgano de aquella institución, pero hemos creído del mayor interés

publicar su descripción en ZEPHYRVS, dado el carácter esencialmente informativo de estas páginas, para que dicha pieza pueda ser rápidamente conocida y divulgada.

El collar se halla constituido por una cadenita de hilos de oro trenzados, de 325 milímetros de longitud, que remata en una cabecita de pantera o

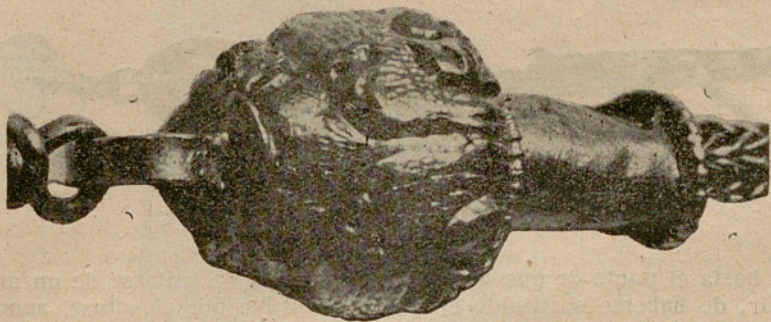


Fig. 2. — Detalle de la cabecita de pantera (muy ampliada).

león, de cuya boca sale una anilla de la que cuelga el cierre, pieza aparte en forma de corazón terminado con un garfio. Uno de los remates, el que corresponde a la hembra del cierre, falta; por lo demás, la cadena está completa (fig. 1).

Se adorna la cadenita con treinta colgantes fusiformes, macizos, de 20 milímetros, graciosamente torneados, con un extremo en punta y el otro aplastado en forma de anillo, por el que pasa un sencillo hilo de 5 décimas que lo une a la cadenilla, atravesándola de parte a parte en un procedimiento singularmente basto. Dichos colgantes se inician a los 28 mm. de los remates y se suceden a 12 mm. entre sí con cierta regularidad. En la actualidad falta el tercer colgante del extremo incompleto. En uno de los primeros dibujos que vimos aparecía este colgante roto por su mitad. Suponemos que se habrá utilizado para comprobar el metal y se habrá suprimido para dar la sensación de pieza más completa.

La cadenita formada por hilo más delgado, aproximadamente de 3 décimas, está constituida por ocho tiras enlazadas en cuatro trenzados de delicada labor y se halla rota y recompuesta después de los once primeros colgantes, como puede observarse perfectamente en la fotografía que publicamos.

El remate en forma de cabecita de pantera o león forma un collarino, y luego un tubo con otro collarino terminal en el que penetra la cadenita, que se sujeta con un pasador de cobre o bronce que se observa oxidado. Cabecita y tubo en conjunto miden 20 mm. de longitud, y en la boca del animal aparece soldada con cierta rudeza una anilla en cinta. A pesar de su pequeñez, la labor de la cabecita es de gran calidad artística, labrada al batido, y con los ojos en forma triangular sumamente expresivos. Resaltes elípticos, que a primera vista semejan cuernos, significan las orejas, y el

pelo se figura con rasgos rectos, profundos y anchos. La piel de la cara se marca con un pseudo cloisonné. La finura de la cabecita contrasta con la pieza para enganchar el cierre, que se embute y pega a lo que sería la nariz y boca de la pantera, en forma de disco, que posee una anilla soldada. Existe gran diferencia entre la delicadeza del trabajo de la cabecita (del tamaño de un garbanzo) y el modo inhábil con que se le ha ajustado esta

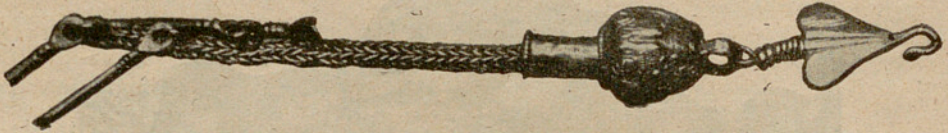


Fig. 3. — Detalle del cierre (ampliado).

pieza, hasta el punto de que da toda la impresión de tratarse de un arreglo, es decir, de haberse sustituido el cierre primitivo por el actual, aunque no en época moderna, desde luego. El conocimiento preciso que tenemos de las circunstancias del hallazgo descartan esta posibilidad. Nos referimos simplemente a un posible arreglo del collar hacia el siglo I antes de J. C.

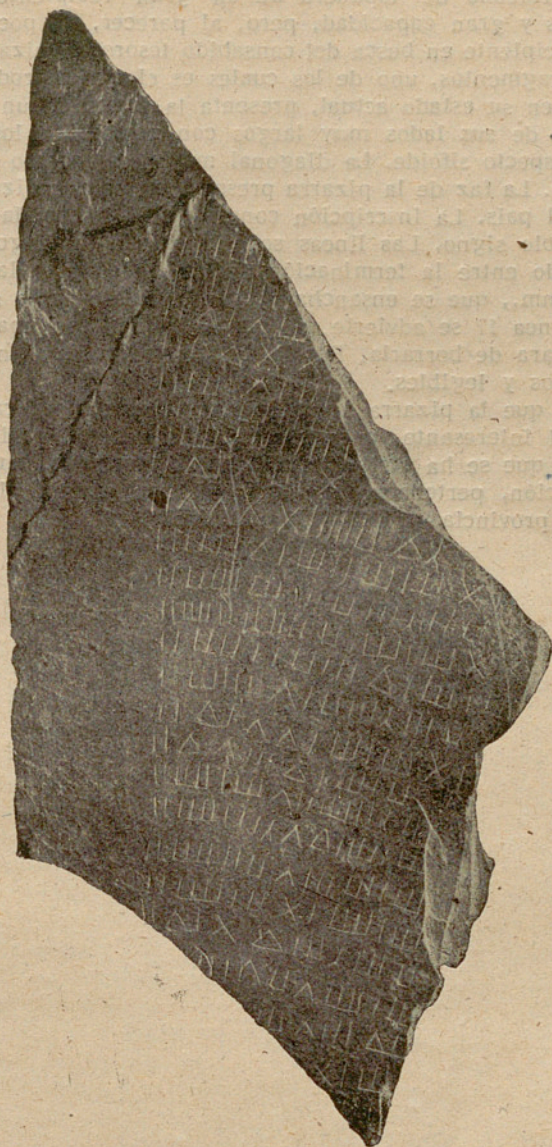
El broche de cierre propiamente dicho lo constituye una pieza de 23 mm. en forma de corazón (de 11 mm. por 16 mm.), del que arranca un hilo que, pasada la anilla, se arrolla hasta siete veces sobre sí mismo. De la punta del corazón arranca el garfio que penetra en una anilla de la pieza que falta.

Habiendo de publicarse el estudio detenido del collar en *Ilerda*, sólo diremos aquí que su estudio nos lleva a los siglos III-II antes de J. C., y que de la prospección superficial del pequeño poblado en el que fué hallado, poblado surcado por trincheras de nuestra guerra, se desprende que se trata de un lugar de habitación que pereció probablemente a fines del siglo II o a principios del I antes de J. C., en el que no aparece, por ello, ningún elemento claro de romanización. El lugar donde se levanta el poblado, en plena área de la tribu ilergeta, justifica el que le designemos con el nombre de collar ibérico, aunque probablemente sea de inspiración, si no de origen, helénico.—J. MALUQUER DE MOTES.

UN NUEVO HALLAZGO SALMANTINO DE PIZARRAS EPIGRAFICAS.

A los ya numerosos yacimientos salmantinos que han proporcionado pizarras escritas debe añadirseles una nueva localidad, Honduras, de donde procede una pizarra escrita, cedida por don Vigilio Bejarano al Seminario de Arqueología de la Universidad y depositada en el Museo Provincial de Salamanca.

Esta pizarra, incompleta, tiene un alto interés por ser conocidas con exactitud las circunstancias de su hallazgo. Apareció junto a la Charca del Chapallón, entre Honduras y El Corralito, en término de Honduras, Ayuntamiento de Barbalos, partido judicial de Sequeros. Fué hallada por unos



Pizarra de Honduras (Salamanca). (49 × 23 cms.)

trabajadores sirviendo de tapadera de un gran recipiente cerámico de paredes gruesas y gran capacidad, pero, al parecer, de poca profundidad. Destapado el recipiente en busca del consabido tesoro, la pizarra fué partida en diferentes fragmentos, uno de los cuales es el que reproducimos.

La pizarra, en su estado actual, presenta la forma de un rombo irregular, siendo dos de sus lados muy largos con respecto a los otros dos, lo que le da un aspecto sifoide. La diagonal mayor del rombo mide 49 cm. y la menor 23 cm. La faz de la pizarra presenta un color rojizo, frecuente en las pizarras del país. La inscripción consta de 26 líneas, la primera, y la última de un solo signo. Las líneas son oblicuas a la diagonal mayor del rombo, quedando entre la terminación de las líneas y el lado derecho un margen de 50 mm., que se ensancha progresivamente hacia abajo, llegando a 76 mm. La línea 17 se advierte, en parte, frotada con una materia dura, como si se tratara de borrarla. Por lo demás, todos los signos están claramente destacados y legibles.

El hecho de que la pizarra apareciese como una tapadera de recipiente es una novedad interesante, pues parece indicar como posible el carácter de contabilidad que se ha atribuido a dichos signos, que, como puede verse en la reproducción, pertenecen al mismo sistema general de las restantes pizarras de la provincia.—FERNANDO JIMENEZ.

#0-47-12